

últimos números 7 - VIII - 1994 p. 15.

Crítica de Carlos Jorquera Álvarez

Un tono sombrío impregna todo este libro. Una voz que dice: Es la misma miseria / por las noches / Diferentes motivos / pero la misma miseria. Cuando se han entregado las armas, es difícil burlar las alambradas. Por eso, la poesía de María Teresa Scott tiene mucho de derrota, de fracaso existencial. La vida se pone en el tránsito de la muerte, como alguien que se tiene en la línea férrea cuando viene el tren. Eso es. Hay una determinación irredargüible, una losa puesta sobre nuestras espaldas (Eiscoliosis) que nos impide movernos en pos de nuestra libertad.

Esta determinación se difunde hacia todas las dimensiones de la vida: el amor, las relaciones familiares, el yo íntimo.

Las escenas de este viaje rumbo a las sombras se despliegan a partir del rito del día de los muertos. Allí está la referencia, clavada en medio del calendario; los muertos tienen su día, pero por qué no también la vida entera: Mi corazón está de luto / incluso los feriados.

La muerte, la catástrofe biológica, la supresión de nuestros sueños, la mirada que se hiele en un instante, la clausura de esta vida, me parece que es un tema nunca lo suficientemente abordado. En estas escenas, la poeta abre las espigas del dolor por los muertos que la han construido. Ella camina los territorios de otros, ve lo que los otros ya muertos han visto, y así será cuando los supuestos vivos que han de venir hollen las pisadas de la poeta. En este enigma, dónde está la presencia segura, el muro blando que nos permita recostar nuestra cabeza lejos de este sentimiento abismático

Escenas para un largo viaje

María Teresa Scott. Editorial La Trastienda, Santiago, 1994, 82 páginas.



RCF-6733

que nos arroja de bruces sobre una lucidez sangrienta. La fe puede ser una respuesta; pero esta poesía rechaza esa posibilidad y prefiere la absurdidad. El dolor de la pérdida está demasiado actualizado. La muerte es demasiado poderosa. Dios es un tipo que siempre está en otra parte, pensando en otras cosas. La religión no puede explicar nada; tampoco se puede creer en los otros. La vida tiene sus urgencias, pero si el horizonte en el cual se ha instalado la hablante es la muerte, entonces esas necesidades de amor, de afecto, llevan el signo de lo trágico, de lo ineluctable y, por fin, el abandono:

No hay duda / me dejaste plantada / tan plantada / que un perro / recién meó mis pies. De este modo, con la seguridad de que nada está claro (aunque parece que sí), de que la diferencia entre lo que se quiere y lo que nos mata es apenas una tenue línea, la poeta nos propone su solución, que es la de los niños: Juguemos a ser dioses. Esta nietzscheana proposición se sustenta en la transitoriedad sin fundamento de la existencia. Pero, a poco andar, surge la certeza mortal: No creo en Dios / a estas alturas / te quedará claro / y lo que es más grave / tampoco en ti.

¿Dónde entonces está la paz? He aquí la pavorosa declaración: El dolor encontró / un buen refugio en esta cara de niña / Nadie sospecha / Nadie apuesta por mi derrumbe / Nadie diría / que estoy muerta.

Sin embargo, al final, en el último segundo, una luz: De entre todas las formas / de vida y muerte / prefiero aquellas / en que me acompañas.

Escenas para un largo viaje [artículo] Carlos Jorquera Álvarez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Jorquera Alvarez, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escenas para un largo viaje [artículo] Carlos Jorquera Alvarez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile